



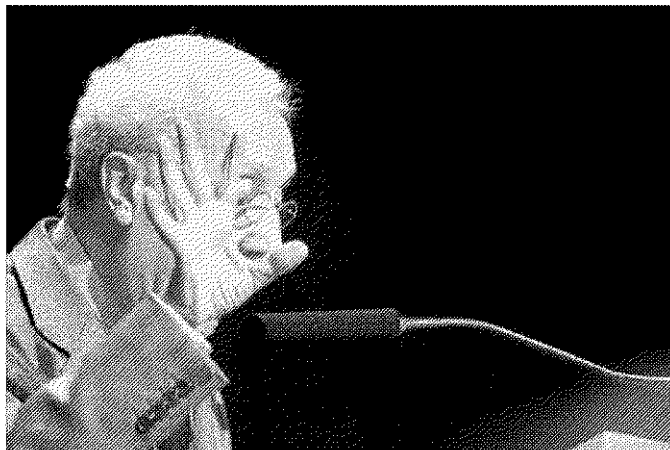
Para ser moderno, ser antiguo

NADAL SUAU

Entre el siglo XVII y el XVIII, Europa — Italia y, en especial, Francia— albergó un intenso debate entre dos grandes facciones que entendían la cultura de forma diferente. El fenómeno fue incluso bautizado: la Querrela entre los Antiguos y los Modernos.

'Las abejas y las arañas', de Marc Fumaroli, nos lo detalla con tanta elegancia como contundencia. Lo primero, porque el erudito francés se ciñe siempre al ensayo histórico, sin una sola referencia actual; lo segundo, porque ni un solo momento podemos obviar que Fumaroli desafía al mundo de hoy. "Unos pretenden adscribir la Europa moderna al genio antiguo. Otros pretenden emanciparse".

Grecia y Roma contra el dogma del Progreso, aquí tenemos el conflicto esencial de la Querrela. Fumaroli, aunque del lado Antiguo, entiende perfectamente las paradojas de la historia, sus matices: los Antiguos acaban generando un movimiento de absoluta modernidad, el Romanticismo; los Modernos vienen de la mano de un tiempo nuevo en que la aristocracia va perdiendo sus privilegios. El pueblo llega al poder, y esto significa, tal vez, menos arbitrariedad y más equidad. Pero, si quieren escuchar una verdad impronunciable, todo esto no siempre le sienta bien a la cultura.



El escritor y académico francés Marc Fumaroli

Según Fumaroli, desde mediados del siglo XVII, «es el público de lectores parisinos quien se erige en tribunal internacional de los libros, en vez del público internacional de los doctos que leen, escriben y publican en latín». Sólo se puede afirmar que es una mejora desde la ignorancia o desde el descaro que nos proporciona

tenecer a ese público «parisino», hoy global gracias a la técnica.

El libro del académico francés es muy sobrio en tanto que estudio histórico. Como lectura, puede resultar menos vibrante que su 'El estado cultural' (Acanilado, 2007), tal vez porque, en apariencia, 'Las abejas y las arañas' toca un tema menos polémico,

MARC FUMAROLI
© ACANTILADO, 2009
**Las abejas
y las arañas**

menos periodístico; pero la urgencia del tema planteado es la misma.

La crisis actual demuestra qué ocurre cuando una sociedad desprecia la inteligencia y la memoria. Tanta tontería le pasará factura a Occidente y, sobre todo, a este país nuestro de risa, que se creía octava potencia mundial mientras escupía sobre los libros cabalgando el ladrillo a horcajadas. Con Fumaroli entendemos que, si no convertimos a los clásicos en nuestros jueces y modelos, entonces ejercerán esos papeles el Poder (llámese Luis XIV o El Pocerero; la comparación es hortera, pero no es culpa mía, sino del siglo), un pedagogo barbudo, Manolo el del Bombo... o nuestras propias vísceras.

Debemos evitar «el error moderno que consiste en darse por satisfecho con lo poco que se es, para un público que supuestamente con poco se da por satisfecho». Con ese «supuestamente», Fumaroli demuestra su bonhomía.